

Los sueños que nacen en silencio

La historia de Matilda



Noel H. Hodgson

RESUMEN

Matilda no es como las demás gallinas.

Mientras otras compiten, ella sueña con algo distinto:
ser mamá.

Pero cuando sus intentos fallan una y otra vez, y las burlas comienzan a pesar más que la esperanza, Matilda se enfrenta a una verdad difícil: quizás el problema no es ella... sino el lugar donde está intentando crecer.

En silencio, lejos de todos, decide intentarlo una vez más.

El sueño de Matilda es una fábula contemporánea sobre la resiliencia, la identidad y el valor de seguir adelante incluso cuando todo parece perdido.

Una historia sencilla en apariencia, pero profundamente humana, que nos recuerda que algunos sueños no necesitan aprobación... solo el espacio correcto para nacer.

PRÓLOGO

Hay historias que parecen simples.

Historias que hablan de gallinas, de granjas, de cosas pequeñas...
pero que en realidad no están hablando de eso.

Porque a veces, uno también ha sido Matilda.

Ha esperado.

Ha creído.

Ha visto cómo algo en lo que puso todo... no funciona.

Y no una vez.

Varias.

Este no es un cuento sobre fracasar.

Es un cuento sobre lo que pasa después.

Sobre lo que queda cuando el ruido se apaga,
cuando las voces externas dejan de importar,
cuando ya no hay nadie mirando...
y aun así decides intentarlo otra vez.

Matilda no es especial porque lo logró.

Es especial porque siguió.

Incluso cuando dejó de esperar.

Y quizás, en algún momento de esta historia,
te encuentres a ti mismo caminando junto a ella.

EL SUEÑO DE MATILDA

Había una vez, en la granja del señor Huggens, cuatro gallinas que llegaron un martes de marzo.

Nerisa, Lola, Mimi... y Matilda.

Desde el primer día, la granja cambió.

El gallinero, que antes parecía tranquilo, se llenó de movimiento, de sonidos, de nuevas rutinas.

El gallo Cuco las observaba desde su lugar, como si supiera que algo importante estaba por comenzar.

—Aquí se viene a trabajar —dijo el señor Huggens aquella mañana—.

Y ustedes... van a hacer crecer esta granja.

Las gallinas no tardaron en adaptarse.

Nerisa era rápida y segura.

Lola, ruidosa y presumida.

Mimi simplemente seguía el ritmo de las demás.

Y Matilda...

Matilda era distinta.

No era la más fuerte.

No era la más rápida.

Ni la que más hablaba.

Pero había algo en ella que no se veía a simple vista.

Mientras las otras competían, Matilda observaba.

Mientras las otras se comparaban, ella pensaba.

Como si, en lugar de vivir lo que pasaba...
estuviera esperando algo más.

—Esa gallina no va a durar mucho —murmuró Lola una tarde.

—Le falta carácter —respondió Nerisa, sin quitarle la mirada de encima.

Mimi soltó una risa breve.

Matilda escuchó.

Siempre escuchaba.

Pero no decía nada.

No porque no tuviera voz...

sino porque lo que llevaba dentro era más grande que cualquier respuesta.

Y aunque nadie lo sabía todavía,
en el silencio de Matilda ya estaba creciendo algo.

Algo que no se medía en fuerza,
ni en velocidad,
ni en la opinión de las demás.

Algo que, tarde o temprano...
iba a cambiarlo todo.

Desde que llegó a la granja, Matilda entendió que no era como las demás.

No por cómo se veía...
sino por cómo soñaba.

Mientras Nerisa hablaba de números, Lola de tamaños y Mimi de rapidez, Matilda hablaba de algo que las otras no mencionaban:

amor.

—Quiero verlos caminar detrás de mí —dijo un día, casi en un susurro.

—Quiero que me reconozcan... que sepan que soy su mamá.

Las otras gallinas se miraron entre ellas.

—Primero tienes que lograr que nazcan —respondió Nerisa.

—Y no todas lo logran —añadió Lola, con una sonrisa que no era amable.

Mimi soltó una risa corta.

Matilda bajó la mirada por un momento.

No porque dudara...
sabía que nadie más veía lo que ella ya sentía dentro.

Esa noche, cuando todo estaba en silencio, se acomodó en un rincón del gallinero.

Cerró los ojos.

Y los imaginó.

Pequeños.

Torpes.

Buscando calor.

Se vio a sí misma cubriéndolos con sus alas, protegiéndolos de todo lo que pudiera hacerles daño.

Se vio caminando... y ellos siguiéndola.

Uno.

Dos.

Todos.

Y por primera vez desde que había llegado, sonrió.

—Oye —dijo Cuco, acercándose con calma—... ¿en qué piensas tanto?

Matilda abrió los ojos.

—En lo que aún no existe... pero va a existir —respondió.

Cuco no se burló.

Solo asintió.

—Entonces cuídalo desde ahora —le dijo—.

Los sueños también se incuban.

Con el paso de los días, Matilda comenzó a poner sus primeros huevos.

Cada uno lo acomodaba con cuidado, como si ya pudiera sentir la vida dentro de ellos.

No los veía como parte de la granja... los veía como parte de ella.

—Mírala —dijo Lola—.

Como si ya fueran algo.

—Primero que nazcan —respondió Nerisa.

Matilda no dijo nada.

Se acomodó en su nido, cubriéndolos con su cuerpo.

Y esperó.

Pero algo más comenzó a cambiar.

Matilda se volvió más alerta.

Más firme.

Si alguna gallina se acercaba demasiado, Matilda reaccionaba agresivamente, más territorial.

—Aléjate.

Su tono no era suave.

No era común en ella.

Pero cuando se trataba de sus huevos...

Matilda ya no era la misma.

Los días pasaron lentos.

Para las otras gallinas, el tiempo era rutina.
Para Matilda, cada día era una cuenta regresiva.
Hasta que llegó el día veintiuno.
No se movió.
Esperó.
Un sonido.
Una grieta.
Algo.
Pero no pasó nada.
Empujó uno de los huevos con su pico.
—Vamos... —susurró.
El silencio fue la única respuesta.
El señor Huggens revisó el nido.
La lluvia se había filtrado.
No había vida en esos huevos.
Matilda no lo entendía.
Cada vez que la apartaban del nido, volvía corriendo.
Como si quedarse ahí pudiera cambiar lo que ya estaba decidido.
Hasta que la amarraron.
Matilda se agitaba.
Tiraba del mecate.
Intentaba soltarse.
No era solo tristeza.

Era instinto.
Una necesidad profunda...
que no podía ignorar.
Desde lejos, miraba su nido vacío.
—No todas sirven para ser madres —dijo Nerisa.
—Algunas solo lo imaginan —añadió Lola.
Mimi rió.

Matilda no respondió.

Solo imaginó... cómo habría sido.

Con el tiempo, volvió a intentarlo.

Volvió a creer.

El señor Huggens también.

—Esta vez sí —murmuró, revisando el nido con más cuidado.

Matilda se acomodó de nuevo, aferrándose a esa segunda oportunidad.

Pero el día veintiuno volvió a llegar.

Y otra vez...

nada.

Esta vez, Matilda no esperó tanto.

Miró los huevos.

Uno por uno.

Sin tocarlos.

Sin hablarles.

Sin pedir nada.

Como si ya supiera la respuesta...

antes de confirmarla.

El silencio ya no dolía igual.

Esta vez... dolía distinto.

Más profundo.

Más cansado.

Se levantó lentamente del nido.

Y por primera vez...

no regresó.

Las otras gallinas hablaron.

Siempre hablaban.

Pero esta vez, Matilda no escuchó.

No porque no pudiera...

sino que algo dentro de ella se había cerrado.

No lloró.

No gritó.

No preguntó por qué.

Solo dejó de esperar.

A veces, el dolor no hace ruido...
solo te enseña a no esperar nada.

Y ahí...
sin hacer ruido...
Matilda cambió.

No fue que se volviera más fuerte...
solo dejó de ser la misma.

El señor Huggens tomó una decisión.

—No más —dijo—.
Esta gallina no es para criar.

Matilda escuchó.

Y esa noche, no durmió.

Observó el gallinero.
Las gallinas.
El nido.

Y entendió algo.

Quedarse la estaba rompiendo.

Pero huir...
no era rendirse.

Era elegirse.
No para demostrar nada.
Sino para darse el lugar
que nunca tuvo.

Porque su sueño...
seguía intacto.

Matilda abrió los ojos.

Y decidió.

Ese no era su lugar.

Encontró un pequeño agujero cerca del límite de la granja.

Un espacio olvidado.

Oculto.

Perfecto.

Ahí nadie la vería.

Ahí nadie opinaría.

Ahí... sería solo ella.

—¿Te vas? —preguntó Cuco.

Matilda asintió.

—Entonces hazlo bien —dijo él—.

Y no regreses hasta que sea verdad.

Día tras día, Matilda puso sus huevos en ese lugar secreto.

Sin ruido.

Sin prisa.

Sin testigos.

Cuando terminó, se quedó.

Cubriéndolos.

Protegiéndolos.

El clima no ayudó.

Lluvia.

Viento.

Frío.

Pero Matilda no se movió.

El tiempo volvió a avanzar.

Sin prisa.

Sin promesas.

Solo tiempo.

Y entonces...

un sonido.

Tan pequeño...

que pudo haber pasado desapercibido.

Pero no para ella.

Matilda levantó la cabeza.

Se quedó inmóvil.

Como si tuviera miedo de moverse...

y romper lo que estaba empezando.

Otra vez.

Un pequeño golpe desde dentro.

Se acercó.

Esta vez... no dijo nada.

No pidió.

No esperó.

Solo miró.

Y entonces...

una grieta.

Luego otra.

Y otra.

Hasta que la cáscara cedió.

Y algo que ya no era esperanza...

sino vida...

apareció frente a ella.

Matilda no se movió.

No porque no quisiera...

sino porque por primera vez...

no tenía miedo de que desapareciera.

Uno a uno, los demás comenzaron a nacer.

Y esta vez...
no era un sueño.

Era suyo.

Días después, Matilda regresó a la granja.

No llegó corriendo.

No llegó buscando miradas.

Llegó caminando.

Y detrás de ella... siete pequeñas vidas la seguían.

El señor Huggens dejó lo que tenía en las manos.

Las otras gallinas guardaron silencio.

Nadie se atrevió a decir nada.

Porque ya no había nada que decir.

Matilda no miró a Nerisa.

No miró a Lola.

Ni siquiera a Mimi.

No porque no recordara...

sino porque ya no lo necesitaba.

Había pasado demasiado tiempo esperando que otros creyeran en ella,
cuando lo único que realmente necesitaba...

era creerlo ella primero.

Uno de los polluelos tropezó.

Matilda se detuvo.

Lo cubrió con su ala.

Y en ese gesto simple, silencioso...

había más verdad que en todas las palabras que alguna vez le dijeron.

No volvió al mismo lugar.

No volvió al mismo nido.

Matilda entendió algo que nadie más en la granja había comprendido:

que hay sueños que no nacen cuando todo está bien...

sino cuando decides que ya no necesitas permiso para existir.

Y así, sin ruido...
sin orgullo...
sin rencor...

Matilda siguió caminando.

Esta vez, no para demostrar nada.

Sino para vivir lo que siempre había sido suyo.

EPÍLOGO

No todos los sueños llegan a la primera.

Algunos necesitan silencio.

Otros, distancia.

Y algunos... necesitan que te pierdas para encontrarlos.

Matilda no cambió el mundo.

No hizo ruido.

No buscó demostrar nada.

Solo encontró su lugar.

Y eso... fue suficiente.

Porque hay victorias que nadie aplaude,
pero que lo cambian todo.

Y hay caminos que solo aparecen
cuando dejas de pedir permiso para tomarlos.

Tal vez tú también estás en medio de algo.

Esperando.

Dudando.

Cansado.

Si es así...

recuerda esto:

No todo lo que falla está roto.

A veces, solo está en el lugar equivocado.